

CAPÍTULO I

NUESTRO BISABUELO Moiséi era un campesino de la aldea Sújovo. Un judío campesino es una combinación bastante rara, debo señalar. Pero en Extremo Oriente sucedían cosas así.

Su hijo Isaak se trasladó a la ciudad. Es decir, restableció el curso normal de los acontecimientos.

Primero vivió en Jarbín, que fue donde nació mi padre. Luego se instaló en una de las calles principales de Vladivostok.

Primero mi abuelo arregló relojes y todo género de utensilios domésticos. Después se dedicó a la tipografía. Fue algo así como un compaginador. Y al cabo de dos años se hizo con un colmado en Svetlanka.

Al lado se encontraba la tasca de Zamaráyev, «Néctar-Bálsamo». Mi abuelo visitaba a menudo a Zamaráyev. Los amigos bebían y charlaban de temas filosóficos. Luego iban a tomar algo al colmado del abuelo. Y después regresaban a la tasca de Zamaráyev...

—Eres un buen tipo —repetía—, aun siendo judío.

—Sólo lo soy por parte de padre —replicaba el abuelo—, ¡por la de mi madre, soy *holandio!*

—¡Fíjate tú! —expresaba su aprobación Zamaráyev.

Al cabo de un año se bebieron la tasca y se comieron la taberna.

Zamaráyev, que era ya viejo, se marchó a vivir con sus hijos, a Yekaterinburg. Mi abuelo, en cambio, se fue al frente. Había comenzado la guerra contra Japón.

En uno de los pases de revista de las tropas el zar se fijó en él. Mi abuelo medía cerca de siete pies de estatura. Podía meterse una manzana entera en la boca. Los bigotes le llegaban a los galones.

El soberano se acercó al abuelo. Y luego, con una sonrisa, le clavó un dedo en el pecho.

Lo trasladaron al instante a la Guardia. Era casi el único semita. Lo inscribieron en una batería de artillería.

Si los caballos no podían más, mi abuelo arrastraba el cañón por el pantano.

En cierta ocasión su batería participó en un asalto. Mi abuelo se lanzó al ataque. Las piezas debían cubrir con su fuego a los atacantes. Pero los cañones callaban. Como se supo más tarde, la espalda de mi abuelo impedía ver las fortificaciones del enemigo.

Del frente, el abuelo se trajo un fusil y varias medallas. Según cuentan, hasta le dieron la Cruz de San Jorge.¹

Anduvo de juerga una semana. Luego se colocó de *mâitre d'hôtel* en el restaurante «Edén». En cierta ocasión se las tuvo

1. Una de las más altas condecoraciones militares.

con un camarero poco hábil. Le pegó un grito. Y descargó un puñetazo sobre una mesa. El puño atravesó la mesa.

Al abuelo le disgustaba el desorden. Por ejemplo, la revolución no fue de su agrado. Más aún, retardó incluso su curso. La cosa fue así.

Las masas del extrarradio se lanzaron hacia el centro de la ciudad. El abuelo pensó que aquello era un pogromo judío. Sacó el fusil y se subió al tejado. Cuando las masas se acercaron, el abuelo se puso a disparar. Fue el único habitante de Vladivostok que se enfrentó a la revolución. No obstante, la revolución triunfó. Las masas siguieron su camino al centro por los callejones.

Después de la revolución mi abuelo recobró la calma. Se convirtió de nuevo en un humilde artesano. Y sólo de vez en cuando se hacía notar. Así cierta vez hundió la reputación de la marca norteamericana «Merher, Merher and Co.».

La casa americana trajo a través de Japón unas «camas plegables»; aunque así las empezaron a llamar mucho más tarde. Por entonces eran toda una novedad. Llevaban el nombre de «Magic bed».

Aquellas camas plegables tenían un aspecto casi idéntico al de ahora. Un pedazo de lona de colorines, unos muelles y un marco de aluminio...

Mi abuelo, un hombre de ideas avanzadas, se dirigió al centro comercial. La cama se encontraba sobre una tarima.

—¡Contemplan esta novedad de nuestra casa americana! —gritaba el vendedor—. ¡El sueño del solterón! ¡Insustituible en los viajes! ¡El colmo del confort y del placer! ¿Quiere notarlo usted mismo?

—Sí, quiero —dijo el abuelo.

Se quitó la botas sin desatarse los cordones y se acostó en la cama.

Se oyó un crujido, los muelles cantaron. Y el abuelo apareció en el suelo.

El vendedor, con sonrisa imperturbable, desplegó otro ejemplar.

Se repitieron los crujidos. El abuelo soltó un sordo improperio y se frotó la espalda.

El vendedor abrió la tercera cama plegable.

En esta ocasión los muelles aguantaron, pero se doblaron en silencio las patas de aluminio. El abuelo aterrizó en el suelo con suavidad. Al poco rato el local se llenó de camas mágicas retorcidas. Trizas de lona de colorines colgaban por todas partes; los armazones doblados lanzaban pálidos destellos.

Después de regatear cierta compensación, el abuelo se compró un bocadillo y abandonó el lugar.

La reputación de la casa americana quedó por los suelos. La casa «Merher, Merher and Co.» se dedicó a vender arañas de cristal...

El abuelo Isaak comía mucho. No cortaba el pan a rebanadas sino a lo largo. Cuando alguien lo invitaba a comer, la abuela Raisa no dejaba de sonrojarse. Antes de acudir a la invitación, el abuelo comía en casa. Pero tampoco eso bastaba. El hombre doblaba las rebanadas de pan. Bebía vodka en las copas del agua de soda. Al llegar los postres pedía que no retiraran los platos. Y al volver a casa cenaba aliviado...

El abuelo tuvo tres hijos. El pequeño, Leopold, se fue siendo muy joven a China. Y de allí se trasladó a Bélgica. Pero él tendrá su propio relato.

A los mayores, Mijaíl y Donat, les atraía el arte. Abando-

naron la provinciana Vladivostok y se instalaron en Leningrado. Allí los siguieron el abuelo y la abuela.

Los hijos se casaron. Al lado del abuelo parecían escuálidos y poca cosa. Ambas nueras miraban con buenos ojos al abuelo.

En Leningrado se colocó de algo parecido a un administrador de inmueble. Por las tardes arreglaba relojes y fogones eléctricos. Seguía siendo extraordinariamente fuerte.

Cierta vez en el callejón Scherbakov un chófer lo insultó. Al parecer lo llamó cerdo judío.

El abuelo agarró el camión de tonelada y media. Lo detuvo. Apartó con un empujón al chófer que había saltado de la cabina. Levantó el camión por el parachoques y lo atravesó en el callejón.

Los faros del camión quedaron empotrados en el edificio de los baños. Y la parte posterior, en las rejas del jardín Scherbakov.

El chófer al darse cuenta de lo sucedido se echó a llorar. A ratos lloraba y a ratos amenazaba al abuelo.

—¡Te voy a dar con el gato! —decía.

—Atrévete... —le replicaba el abuelo.

El coche se pasó dos días en el callejón. Luego una grúa vino a retirarlo.

—¿Por qué no le diste simplemente en los morros? —le preguntó mi padre.

El abuelo se quedó pensativo y luego dijo:

—Me dio miedo cogerle gusto al asunto...

Ya he dicho que su hijo menor, Leopold, recaló en Bélgica. Una vez vino a vernos un hombre de su parte. Se llamaba Monia. Monia le trajo al abuelo un smoking y una enorme

jirafa inflable. Más tarde comprendimos que la jirafa servía de soporte para sombreros.

Monia echaba pestes del capitalismo, se maravillaba de la industria soviética; luego se marchó. Al poco arrestaron al abuelo, por espía belga. Le cayeron diez años. Diez años sin derecho a correspondencia. Eso significa que lo ejecutaron. Tampoco hubiera sobrevivido. Los hombres corpulentos soportan mal el hambre. Y aún peor la humillación y el insulto...

Veinte años más tarde, mi padre tramitó su rehabilitación. Rehabilitaron al abuelo por falta de delito. Y entonces uno se pregunta: si no hubo delito, ¿qué hubo? ¿Para qué segaron aquella vida disparatada y divertida?...

Aunque no nos conocimos, pienso en él a menudo.

Por ejemplo, alguno de mis amigos comenta asombrado:

—¿Cómo puedes beber el ron en tazón?

Y al instante me acuerdo del abuelo.

O cuando mi mujer me dice:

—Hoy estamos invitados en casa de los Dombrovski.

Come algo antes de salir.

Y de nuevo recuerdo a aquel hombre.

También me acordé de él en la celda de la cárcel...

Tengo varias fotos del abuelo. Mis nietos, cuando hojeen nuestro álbum, nos confundirán...